

caza de indios como los blancos la de negros en Africa, le dieron alcance y amarrándola juntamente con sus tres hijos, la condujeron al rio, donde el misionero se hallaba sentado en su canoa esperando el éxito de la expedicion, que para él no tenia ningun peligro. Si la madre se hubiese resistido mucho, la habrian matado. Todo está permitido, cuando se emprende la *conquista espiritual*. Se trata principalmente de apoderarse de los hijos para que sirvan de esclavos en las misiones.

El patron se detuvo por unos momentos para reprimir un sentimiento de indignacion, y luego continuó con mas calma:

—Transportaron los prisioneros á San Fernando de Atabapo, creyendo que la madre no volveria á encontrar por tierra su país natal; pero á causa de la separacion de sus demás hijos, que habian acompañado á su padre en el dia del cautiverio, se hallaba en la mayor desesperacion, y se resolvió á quitar al misionero sus tres hijos pequeños, emprendiendo la fuga con ellos varias veces, Mas siempre fué alcanzada por los esbirros, y despues de haber mandado el misionero que se la azotase sin compasion, resolvió separarla de sus hijos. Se la transportó por el rio Atabapo á las misiones del Rio Negro. En esta travesía logró la mujer escaparse de nuevo, quitándose las ligaduras y brincando al rio. Así ganó por la orilla izquierda del Atabapo. La corriente le llevó á aquella roca que tenemos á la vista. De allí se internó al bosque; pero otro misionero que mandaba

### CAPITULO XIII.

#### La Piedra de la Madre.

—El misionero de San Fernando de Atabapo se habia trasladado con sus indios al rio Guaviari, con el objeto de hacer una de aquellas excursiones hostiles que prohiben, tanto la religion como las leyes españolas. Se encontró en una choza á una mujer de la tribu de los Guahibos, con sus tres hijos, dos de ellos muy pequeños. La madre se ocupaba en moler maíz, y estando su marido ausente en la pesca, no habia que pensar en la resistencia, y por esta razon intentaba salvarse con sus hijos, huyendo á la sabana; pero apénas habia llegado á ella, cuando los esbirros del misionero, que hacen la

la expedicion, dispuso que se persiguiese, y la pobre mujer volvió á tener la desgracia de ser aprehendida. En el mismo dia fué puesta en esta roca, y tan cruelmente azotada que le vertia la sangre, y cubierta de heridas cayó desmayada. Cuando volvió en sí, se dispuso fuese atada de las manos por detrás con fuertes ligaduras, y así la condujeron á la mision Javita, donde casi moribunda se la encerró en una prision llamada *Casas del Rey*.

Aquí se volvió á detener el anciano. Humboldt y los suyos apénas podian respirar, y hubo una pausa penosa. Al fin, continuó el patron:

—Era tiempo de aguas; la noche estaba oscura. Entre Javita y San Fernando de Atabapo hay bosques impenetrables de cuarenta leguas de extension. No se conoce otro camino que por los rios, porque jamás se ha atrevido un hombre á ir por tierra de una mision á otra, aunque no hubiese mas que la distancia de unas cuantas leguas; pero tales dificultades no detienen á una madre que se encuentra separada de sus hijos. Estos se hallaban en San Fernando, y era preciso libertarlos de la mano de los cristianos, para llevarlos á su padre al rio Guavivari. Habiéndo aflojado un pocolos indios las ligaduras á la cautiva sin saberlo el misionero, consiguió ella desatarse de ellas completamente por medio de los dientes, y emprendió la fuga en la noche. Al salir el sol por la cuarta vez desde su fuga, se le vió

en la mision de San Fernando, rodeando la choza en que se hallaban encerrados sus hijos.

Aquí se volvió á detener el anciano, luchando con algo en su interior que le oprimia. Luego continuó con calma:

—Lo que esta mujer hizo, no se habria atrevido á ejecutarlo ni el indio mas fuerte. Atravesó los bosques en una estacion en que el cielo siempre está cubierto de nubes, y en que el sol aparece solamente por pocos minutos. Estando casi todo el terreno inundado, tenia que pasar por lo mas espeso del bosque, donde no habia vereda alguna, siéndole indispensable varias veces nadar por riachuelos que desembocan en el Atabapo. En una palabra, miles de peligros tenia que vencer: tigres, víboras, lagartos; el riesgo de desaparecer en el lodo, y lo que es peor, el de morir de hambre. En cuatro dias no tuvo mas alimento, que el de unas grandes hormigas negras, que suben á los árboles en grandes hileras para colocar entre las ramas sus nidos resinosos.

Otra pausa del anciano.

—¿Y qué sucedió por fin con la Guahiba? preguntó Soto, palpitándole el corazon. ¿Logró libertar á sus hijos y devolverlos á su padre? Supongo que los señores cristianos estimarian debidamente este heroísmo maternal, y devolverian sus hijos á aquella desgraciada.

El patron no contestó luego; pero su mirada siniestra y punzante causó tal impresion en el alma del jóven español, que no pudo menos de bajar los ojos. Las mi-

radas del anciano, casi indicaban las siguientes palabras: «¿No conoces mejor que yo á tus piadosos paisanos?»

—¿Y qué sucedió por fin con la mujer? preguntó entonces Bonpland.

El patron continuó luego con calma su relato.

—«Consiguí, por medio de la astucia, encontrar á sus hijos y llevárselos; pero..... fué otra vez aprehendida, y todavía llena de heridas... se la volvió á azotar del modo mas inhumano. El misionero se hallaba presente, y mandó á los que la azotaban *no cesar de hacerlo, sino hasta que su negra alma descendiese á los infiernos*; pero el corazon maternal se hizo superior á estos castigos sufriendolos con valor. Antes de que sanase de sus heridas, se le separó de sus hijos, y fué enviada como esclava á una de las misiones mas lejanas del Orinoco superior.....»

—¿Y? preguntó Humboldt, muy conmovido.

—Allí, contestó el anciano en tono solemne, rehusó todo alimento, y murió de hambre, como lo hacen los indios en sus grandes aflixiones.»

Siguió una larga pausa. Acababa de salir la luna, y derramaba su plateada luz con un brillo mágico sobre la roca, por la cual pasaba la canoa en aquellos momentos.

Esta roca de granito, al reflejarse en las aguas negras con la luz pálida de la luna, tenia algo de tétrico y aun de lúgubre.

¿Era acaso el espíritu de aquella desgraciada Guahiba el que la rodeaba, ó procedia esta impresion del sentimiento que experimentaron Humboldt y sus amigos, al oír la relacion de un hecho tan criminal y espantoso por parte de los misioneros?

Lo cierto es que todos tenian el pensamiento siguiente:

«Si el hombre deja en estos desiertos apenas una huella de su existencia, es para el europeo doblemente humillante que se trasmita á la posteridad, por el nombre de una roca, monumento indestructible de la naturaleza, el recuerdo de la corrupcion moral de su raza, y del contraste entre la virtud de una madre indígena y la barbarie de los cristianos que se dicen civilizados.»

Humboldt no olvidó jamás esa noche y el relato de la Roca de la Madre.